

**Florece
de los
santos**



ANOZER

©<http://anozer.deviantart.com/art/POOR-ROSE-288040519>

Señor, Tú me conoces

(SAN IGNACIO DE LOYOLA)

Señor, Tú me conoces mejor de lo que yo me conozco a mí mismo. Tu Espíritu empapa todos los momentos de mi vida. Gracias por tu gracia y por tu amor que derramas sobre mí. Gracias por tu constante y suave invitación a que te deje entrar en mi vida.

Perdóname por las veces que he rehusado tu invitación, y me he encerrado lejos de tu amor.

Ayúdame a que en este día venidero reconozca tu presencia en mi vida, para que me abra a Ti. Para que Tú obres en mí, para tu mayor gloria. Amén.

Oración de san Maximilian Kolbe

Concédeme alabarte, oh Virgen Inmaculada.

Te adoro, Padre nuestro celestial,
porque has colocado en el seno purísimo de ella
a tu Hijo Unigénito.

Te adoro, hijo de Dios, porque te has dignado entrar en tu seno,
y has llegado a ser verdadero y real Hijo suyo.

Te adoro, Espíritu Santo,
porque te has dignado formar en su seno inmaculado
el cuerpo del hijo de Dios.

Te adoro, Trinidad santísima, Dios uno en la santa Trinidad,
por haber ennoblecido a la Inmaculada de un modo tan divino.

Yo no cesaré jamás, cada día al despertar del sueño,
de adorarte humildemente,

“Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo”...

Concédeme alabarte con mi entrega y sacrificio personal.

Concédeme vivir, trabajar; sufrir, consumarme y morir por ti, solamente por ti.

Concédeme conducir a ti el mundo entero.

Concédeme el contribuir a que tu exaltación
sea cada vez mayor,

A que tu exaltación sea lo más grande posible.

Concédeme el darte una gloria
como nadie te la ha tributado hasta ahora.

Concede a los otros superarme en el celo por tu exaltación

y a mí superarles a ellos,
de tal modo que en una noble emulación,
tu gloria se acrecienta siempre más profundamente,
siempre más rápidamente, siempre más intensamente,
como desea Aquel que te ha ensalzando de un modo inefable
por encima de todos los seres.
En ti sola, Dios ha sido adorado sin parangón
más que en todos los santos.
Para ti, Dios ha creado el mundo.
Para ti, Dios me ha llamado aun a mí a la existencia.
¿Por qué motivo he merecido yo esta suerte?

¡Ah! Concédeme alabarte, oh virgen santísima.

Acto de confianza en Dios

(SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIERE)

Dios mío, estoy tan persuadido de que velas sobre todos los que en Vos esperan y de que nada puede faltar a quien de Vos aguarda toda las cosas, que he resuelto vivir en adelante sin cuidado alguno, descargando sobre Vos todas mis inquietudes. Mas yo dormiré en paz y descansaré; porque Tú ¡Oh Señor! Y sólo Tú, has asegurado mi esperanza.

Los hombres pueden despojarme de los bienes y de la reputación; las enfermedades pueden quitarme las fuerzas y los medios de servirte; yo mismo puedo perder tu gracia por el pecado; pero no perderé mi esperanza; la conservaré hasta el último instante de mi vida y serán inútiles todos los esfuerzos de los demonios del infierno para arrancármela. Dormiré y descansaré en paz.

Que otros esperen su felicidad de su riqueza o de sus talentos; que se apoyen sobre la inocencia de su vida, o sobre el rigor de su penitencia, o sobre el número de sus buenas obras, o sobre el fervor de sus oraciones. En cuanto a mí, Señor, toda mi confianza es mi confianza misma. Porque Tú, Señor, solo Tú, has asegurado mi esperanza.

A nadie engañó esta confianza. Ninguno de los que han esperado en el Señor ha quedado frustrado en su confianza.

Por tanto, estoy seguro de que seré eternamente feliz, porque firmemente espero serlo y porque de Vos ¡oh Dios mío! Es de Quien lo espero. En Ti esperaré, Señor, y jamás seré confundido.

Bien conozco ¡ah! Demasiado lo conozco, que soy frágil e inconstante; sé cuanto pueden las tentaciones contra la virtud más firme; he visto caer los astros del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de esto puede aterrarme. Mientras mantenga firme

mi esperanza, me conservaré a cubierto de todas las calamidades; y estoy seguro de esperar siempre, porque espero igualmente esta invariable esperanza.

En fin, estoy seguro de que no puedo esperar con exceso de Vos y de que conseguiré todo lo que hubiere esperado de Vos. Así, espero que me sostendrás en las más rápidas y resbaladizas pendientes, que me fortalecerás contra los más violentos asaltos y que harás triunfar mi flaqueza sobre mis más formidables enemigos. Espero que me ames siempre; yo te amaré sin interrupción ; y para llevar de una vez toda mi esperanza tan lejos como puedo llevarla, te espero a Vos mismo para caminar contigo ¡oh Creador mío! Para el tiempo y para la eternidad. Así sea.

Enséñame Señor cómo buscarte

(SAN ANSELMO DE CANTERBURY)

Señor Dios, enséñame dónde y cómo buscarte,
dónde y cómo encontrarte...

Tú eres mi Dios, tú eres mi Señor,
y yo nunca te he visto.

Tú me has modelado y me has remodelado,
y me has dado todas las cosas buenas que poseo,
y aún no te conozco...

Enséñame cómo buscarte...
porque yo no sé buscarte si tú no me enseñas,
ni hallarte si tú mismo no te presentas a mí.

Que te busque en mi deseo,
que te desee en mi búsqueda.
que te busque amándote
y que te ame cuando te encuentre.

Amén.

Alabanzas que se han de decir en todas las Horas

(San Francisco de Asís)

Santo, santo, santo
Señor Dios omnipotente, el que es y el que era y el que ha de venir.
Alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Digno eres, Señor Dios nuestro,
de recibir la alabanza,
la gloria y el honor y la bendición:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Digno es el cordero, que ha sido degollado,
de recibir el poder y la divinidad
y la sabiduría y la fortaleza

y el honor y la gloria y la bendición:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo
con el Espíritu Santo:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos
y los que teméis a Dios, pequeños y grandes:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Los cielos y la tierra alábenlo a él que es glorioso:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Y toda criatura que hay en el cielo y sobre la tierra,
y las que hay debajo de la tierra
y del mar, y las que hay en él:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo:
Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Como era en el principio y ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén.

Y alabémoslo y ensalcémoslo por los siglos.

Oración:
Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios,
todo bien, sumo bien, total bien,
que eres el solo bueno,
a ti te ofrezcamos toda alabanza,
toda gloria, toda gracia, todo honor,
toda bendición y todos los bienes.
Hágase. Hágase. Amén.

¿Qué mandáis hacer de mí?

(SANTA TERESA DE JESÚS)

Vuestra soy, para vos nací :
¿Qué mandáis hacer de mí?...
Vuestra soy, pues me creasteis;
vuestra, pues me redimisteis;
vuestra, pues que me sufristeis;
vuestra, pues que me llamasteis;
vuestra, pues, porque me esperasteis;
vuestra, pues no me perdí:
¿Que mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón,
yo lo pongo en vuestra palma:
Mi cuerpo, mi vida y mi alma,

mis entrañas y afición.
Dulce Esposo y Redentor,
pues por vuestra me ofrecí:
¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme muerte, dadme vida,
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí:
¿Qué queréis hacer de mí?...
Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar;
si me mandáis trabajar,

morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo y cuándo,
decid, dulce amor, decid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Señor Santo, Padre Omnipotente

(SAN BUENAVENTURA)

Padre omnipotente, por tu generosidad y la de tu Hijo quien por mí padeció pasión y muerte, y por la excelentísima santidad de su Madre, y por los méritos de todos los santos, concédeme a mí, pecador e indigno de cualquier beneficio tuyo, que sólo a ti ame, que siempre tenga sed de tu amor, que continuamente tenga en el corazón el beneficio de la pasión, que reconozca mi miseria, que sólo la culpa me entristezca. Amén.

Los instrumentos de las buenas obras (SAN BENITO)

- ¹ Primero, amar al Señor Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas;
- ² después, al prójimo como a sí mismo.
- ³ Luego, no matar;
- ⁴ no cometer adulterio,
- ⁵ no hurtar,
- ⁶ no codiciar,
- ⁷ no levantar falso testimonio,
- ⁸ honrar a todos los hombres,
- ⁹ no hacer a otro lo que uno no quiere para sí.
- ¹⁰ Negarse a sí mismo para seguir a Cristo.
- ¹¹ Castigar el cuerpo,
- ¹² no entregarse a los deleites,
- ¹³ amar el ayuno.
- ¹⁴ Alegrar a los pobres,

15 vestir al desnudo,
16 visitar al enfermo,
17 sepultar al muerto.
18 Socorrer al atribulado,
19 consolar al afligido.
20 Hacerse extraño al proceder del mundo,
21 no anteponer nada al amor de Cristo.
22 No ceder a la ira,
23 no guardar rencor.
24 No tener dolo en el corazón,
25 no dar paz falsa.
26 No abandonar la caridad.
27 No jurar, no sea que acaso perjure,
28 decir la verdad con el corazón y con la boca.
29 No devolver mal por mal.
30 No hacer injurias, sino soportar pacientemente las que le hicieren.
31 Amar a los enemigos.
32 No maldecir a los que lo maldicen, sino más bien bendecirlos.
33 Sufrir persecución por la justicia.
34 No ser soberbio,
35 ni aficionado al vino,
36 ni glotón
37 ni dormilón,
38 ni perezoso,
39 ni murmurador,
40 ni detractor.
41 Poner su esperanza en Dios.
42 Cuando viere en sí algo bueno, atribúyalo a Dios, no a sí mismo;
43 en cambio, sepa que el mal siempre lo ha hecho Él, e impúteselo a sí mismo.
44 Temer el día del juicio,
45 sentir terror del infierno,
46 desear la vida eterna con la mayor avidez espiritual,
47 tener la muerte presente ante los ojos cada día.
48 Velar a toda hora sobre las acciones de su vida,
49 saber de cierto que, en todo lugar, Dios lo está mirando.
50 Estrellar inmediatamente contra Cristo los malos pensamientos que vienen a su
corazón, y manifestarlos al anciano espiritual,
51 guardar su boca de conversación mala o perversa,
52 no amar hablar mucho,
53 no hablar palabras vanas o que mueven a risa,
54 no amar la risa excesiva o destemplada.
55 Oír con gusto las lecturas santas,
56 darse frecuentemente a la oración,
57 confesar diariamente a Dios en la oración, con lágrimas y gemidos, las culpas
pasadas,
58 enmendarse en adelante de esas mismas faltas.
59 No ceder a los deseos de la carne,
60 odiar la propia voluntad,
61 obedecer en todo los preceptos del abad, aun cuando Él - lo que no suceda - obre de
otro modo, acordándose de aquel precepto del Señor: "Hagan lo que ellos dicen, pero no

lo que ellos hacen".

⁶² No querer ser llamado santo antes de serlo, sino serlo primero para que lo digan con verdad.

⁶³ Poner por obra diariamente los preceptos de Dios,

⁶⁴ amar la castidad,

⁶⁵ no odiar a nadie,

⁶⁶ no tener celos,

⁶⁷ no tener envidia,

⁶⁸ no amar la contienda,

⁶⁹ huir la vanagloria.

⁷⁰ Venerar a los ancianos,

⁷¹ amar a los más jóvenes.

⁷² Orar por los enemigos en el amor de Cristo;

⁷³ reconciliarse antes de la puesta del sol con quien se haya tenido alguna discordia.

⁷⁴ Y no desesperar nunca de la misericordia de Dios.

Estos son los instrumentos del arte espiritual. Si los usamos día y noche, sin cesar, y los devolvemos el día del juicio, el Señor nos recompensará con aquel premio que Él mismo prometió. **(Regla, Capítulo IV)**

¿Qué es lo que amo? (SAN AGUSTÍN)

¿Y qué es lo que amo, cuando Te amo? No la belleza del cuerpo; no la blancura de la luz, que es tan amable a los ojos terrenos; no las dulces melodías de toda clase de música, ni la fragancia de las flores, de los ungüentos y de los aromas; no la dulzura del maná y de la miel; no los miembros gratos a los abrazos de la carne. Nada de esto amo, cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto abrazo, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y abrazo de mi ser interior, allá donde resplandece ante mi alma lo que no cabe en un lugar, donde resuena lo que no se lleva el tiempo, donde se percibe el aroma de lo que no viene con el aliento, donde se saborea lo que no se consume comiendo, donde se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo, cuando amo a mi Dios.

Cómo llamar a Cristo (SAN AGUSTÍN)

Llama a Cristo quien reparte y da a los pobres, para que su justicia permanezca por los siglos de los siglos (cfr. Sal 101, 9). Quien escucha y no se hace el sordo —«*vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota en el Cielo*» (Lc 12, 33)— como si oyese el sonido de los pasos de Cristo que pasa, al igual que el ciego, clame por estas cosas, es decir, hágalas realidad. Su voz esté en sus hechos: ponga la mejilla al que le hiere; ore por los enemigos; si alguien le quitare lo suyo, no lo exija; si, al contrario, hubiera quitado algo a alguien, devuélvale el cuádruplo.

Regreso a Getsemaní (MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE)

Para nuestra oración pensemos, al ir a ella, que acompañamos a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, cuando hacía la suya; unámonos a sus disposiciones e intenciones; y cuando encontremos disipación, fastidio o negligencia, dirijamos esta censura a nosotros mismos, recogiendo suavemente nuestro espíritu. Después, volvamos sencillamente a nuestro tema sin entretenernos a mirar cuáles eran nuestras distracciones. Al terminar, ofrezcamos al eterno Padre la oración de su Hijo para reparar los defectos de la nuestra, y que el fruto principal que saquemos sea el amor a la humildad y la sencillez.

Un simple examen de conciencia (FRANCISCO DE SALES)

Recordaré si empecé mi jornada encomendándome a Dios. Si durante mis ocupaciones me acordé muchas veces de Dios para ofrecerle mis acciones, pensamientos, palabras y sufrimientos. Si todo lo que hoy hice fue por amor a Dios. Si traté bien a las personas. Si no busqué en mis labores y palabras darle gusto a mi amor propio y a mi orgullo, sino agradar a Dios y hacer bien a mi prójimo. Si supe hacer algún pequeño sacrificio; si me esforcé por estar fervoroso en la oración.

Después pediré perdón al Señor por las ofensas de este día, haré propósito de portarme mejor en adelante; y suplicaré al cielo que me conceda fortaleza para ser siempre fiel a Dios; y rezando mis tres Avemarías me entregaré pacíficamente al sueño.

La noche de Getsemaní (EDITH STEIN)

Ningún corazón humano ha penetrado jamás en una noche tan oscura como Cristo en Getsemaní y en el Gólgota. Ningún espíritu humano podrá, por mucho que investigue, penetrar en el secreto del abandono divino de Cristo moribundo. Pero Jesús puede dar a gustar a las almas escogidas algo de esta extremada amargura. Son sus más fieles amigos a quienes exige la suprema prueba de amor. En el caso de que no se asusten de ello y se vuelvan atrás, sino que voluntariamente se dejen introducir en la oscura noche, Él mismo se convierte en su guía.

La doncella más hermosa (SAN VENANCIO FORTUNATO)

Tu nombre es digno de honor, oh María; amable doncella que has recibido el mensaje angélico, tú posees unos dones de belleza que sobrepasan los de cualquier otra persona.

Eres la más hermosa de las rosas y tu candor es muy superior al de los lirios. Tú eres la nueva flor de la tierra que el cielo cultiva desde lo alto. Cristal, ámbar, oro, púrpura, esmeralda, cándida perla, allí adonde llega el resplandor de tu hermosura quedan envilecidos los más preciosos metales. La nieve es vencida por tu blancura inmaculada, el sol es sobrepujado por la hermosura de tu cabellera; sus rayos, oh Virgen, palidecen frente a tu belleza; el brillo del rubí se apaga y el resplandor del lucero del alba queda oscurecido ante ti, que en todo momento aventajas a los astros del firmamento.

Acordaos (SAN BERNARDO)

Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a tu protección, implorando tu auxilio, reclamando tu asistencia, haya sido desamparado de Ti.

Animado por esta confianza, a Ti acudo, Madre, Virgen de las vírgenes; y gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante Ti. Madre de Dios, no deseches mis súplicas; antes bien, escúchalas y acógelas benignamente. Amén.

La Reina del Cielo (santo TOMÁS DE AQUINO)

¡Oh bienaventurada y dulce Virgen María, Madre de Dios, toda llena de misericordia, hija del Rey supremo, Señora de los Ángeles, Madre de todos los creyentes!: hoy y todos los días de mi vida deposito en el seno de tu misericordia mi cuerpo y mi alma, todas mis acciones, pensamientos, intenciones, deseos, palabras, obras; en una palabra, mi vida entera y el fin de mi vida; para que por tu intercesión todo vaya enderezado a mi bien, según la voluntad de tu amado Hijo y Señor nuestro Jesucristo, y tú seas para mí, oh Señora mía, consuelo y ayuda contra todos mis enemigos.

Dígnate alcanzarme de tu amable Hijo y Señor nuestro Jesucristo gracias para resistir con vigor a las tentaciones y de perseverar constante en tu servicio y en el de tu Hijo.

También te ruego, oh Señora mía, que me alcances verdadera obediencia y verdadera humildad de corazón, que me concedas pobreza voluntaria, unida a la paciencia y tranquilidad de espíritu, para sobrellevar mis trabajos y ocuparme en la salvación propia y de mis prójimos.

Alcánzame, oh dulce Señora, caridad verdadera con la cual ame de todo corazón a tu Hijo y Señor nuestro Jesucristo, y después de Él a ti sobre todas las cosas, y al prójimo en Dios y para Dios, para que así me alegre con su bien y me apene con su mal, a ninguno desprecie ni juzgue temerariamente, ni me anteponga a nadie en mi estima propia.

Haz, oh Reina del cielo, que junte en mi corazón el temor y el amor de tu Hijo, que le dé continuas gracias por los grandes beneficios que me ha concedido, y que haga pura y sincera confesión y verdadera penitencia por mis pecados, hasta alcanzar perdón y misericordia.

Finalmente te ruego que en el último momento de mi vida, tú, única madre mía, puerta del cielo y abogada de los pecadores, no consientas que me desvíe de la santa fe católica, antes usando de tu gran piedad y misericordia me socorras y me defiendas de los malos espíritus, para que, lleno de esperanza en la bendita y gloriosa pasión de tu Hijo y en el poder de tu intercesión, consiga de Él por tu medio el perdón de mis pecados, y al morir en tu amor y en el amor de tu Hijo, me encamines por el sendero de la salvación y salud eterna. Amén.

Oración a María (SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO)

Virgen Santísima Inmaculada y Madre mía María: a ti, que eres la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza, el refugio de los pecadores, acudo en este día. Te venero, ¡oh gran Reina!, y te doy las gracias por todos los favores que hasta ahora me has hecho. Te amo, Señora amable, y por el amor que te tengo prometo servirte siempre y hacer cuanto pueda para que también seas amada de los demás. Pongo en tus manos toda mi esperanza, toda mi salvación; admíteme por siervo tuyo, y acógeme bajo tu manto, tú, ¡oh Madre de misericordia! Y ya que eres tan poderosa ante Dios, líbrame de todas las tentaciones.

Salve Reina de misericordia, Señora del mundo, Reina del cielo, Virgen de las vírgenes, Sancta Sánctorum, luz de los ciegos, gloria de los justos, perdón de los pecadores, reparación de los desesperados, fortaleza de los más débiles, salud del mundo, espejo de toda pureza. Haga tu piedad que el mundo conozca y experimente aquella gracia que tú hallaste ante el Señor, obteniendo con tus santos ruegos perdón para los pecadores, medicina para los enfermos, fortaleza para los débiles, consuelo para los afligidos, auxilio para los que peligran.

Por ti tengamos acceso fácil a tu Hijo, oh bendita y llena de gracia, madre de la vida y de nuestra salud, para que por ti nos reciba el que por ti se nos dio. Excuse ante tus ojos tu pureza las culpas de nuestra naturaleza: obténganos tu humildad tan grata a Dios el perdón de nuestra vanidad; encubra tu inagotable caridad la muchedumbre de nuestros pecados; y que tu gloriosa fecundidad nos conceda abundancia de merecimientos.

Oh Señora nuestra, Mediadora nuestra y Abogada nuestra: reconcílianos con tu Hijo, recomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo.

Haz, oh Bienaventurada, por la gracia que hallaste ante el Señor, por las prerrogativas que mereciste y por la misericordia que engendraste, que Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro, bendito por siempre y sobre todas las cosas, así como por tu medio se dignó hacerse participante de nuestra debilidad y miserias, así nos haga participantes también por tu intercesión de su gloria y felicidad.

Un recurso infalible (SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI)

¡Oh, María! Quien te mira se queda reconfortado en todos sus dolores, tribulaciones y penas, y vence todas las tentaciones.

Quien no sepa lo que es Dios, que recurra a ti, ¡oh, María!

Quien no encuentre misericordia en Dios, que recurra a ti, ¡oh, María!

Quien no se conforme con la voluntad de Dios, que recurra a ti, ¡oh, María!

Quien se sienta desfallecer, que recurra a ti, que eres fortaleza y poder.

Quien se encuentra en una lucha continua, que recurra a ti, que eres un mar pacífico. Quien se encuentre en tentación, que recurra a ti, que eres madre de humildad, y no hay nada que ahuyente tan fácilmente al demonio como la humildad.

Que acuda a ti, que acuda a ti, ¡oh María!

Oración de san Luis Gonzaga

Oh Señora mía, Santa María: hoy y todos los días y en la hora de mi muerte, me encomiendo a tu bendita fidelidad y singular custodia, y pongo en el seno de tu misericordia mi alma y mi cuerpo; te recomiendo toda mi esperanza y mi consuelo, todas mis angustias y miserias, mi vida y el fin de ella, para que por tu santísima intercesión, y por tus méritos, todas mis obras vayan dirigidas y dispuestas conforme a tu voluntad y a la de tu Hijo. Amén.

Una hermosa obligación

(CURA DE ARS)

Hermosa obligación del hombre: orar y amar.

Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable.

En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurra tan aprisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración. Mirad: cuando era párroco en Bresse, en cierta ocasión, en que casi todos mis colegas habían caído enfermos, tuve que hacer largas caminatas, durante las cuales oraba al buen Dios, y creedme, que el tiempo se me hacía corto.

Hay personas que se sumergen totalmente en la oración como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con del mismo modo que hablamos entre nosotros.

Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la Iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: Sólo dos palabras, para deshacerme de ti... Muchas veces pienso que cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.

La oración es la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Criador.

Con la oración todo lo podéis, sois dueños, por decirlo así, del querer de Dios.

La oración abre los ojos del alma, le hace sentir la magnitud de su miseria, la necesidad de recurrir a Dios y de temer su propia debilidad.

Todos los males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal.

Nuestras oraciones han de ser hechas con confianza, y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente.

Hemos de orar con frecuencia, pero debemos redoblar nuestras oraciones en las horas de prueba, en los momentos en que sentimos el ataque de la tentación.

Por muchas que sean las penas que experimentemos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, si recurrimos a la oración, las dominaremos.

La tercera condición que debe reunir la oración para ser agradable a Dios, es la perseverancia. Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos.

En brazos de la divina misericordia (JULIANA DE NORWICH)

El fundamento de la misericordia es el amor, y el trabajo de la misericordia es guardarnos en el amor, ser todo amor en el amor.

Es decir, a mi modo de ver, la misericordia es una obra dulce en la gracia del amor, mezclada con abundante piedad, pues la misericordia trabaja guardándonos, la misericordia trabaja volviendo todas las cosas en bien para nosotros.

En nuestros errores los dulces ojos de la piedad y del amor nunca se apartan de nosotros, ni el trabajo de la misericordia cesa. Pues contemplé la propiedad de la misericordia y la propiedad de la gracia, que tienen dos formas de trabajar en un solo amor.

La misericordia es una propiedad llena de piedad, que pertenece a la maternidad del tierno amor; la gracia es una digna propiedad, que pertenece al soberano señorío en el mismo amor; la misericordia trabaja guardando, sufriendo, vivificando y curando, y es todo ternura en el amor; la gracia trabaja con la misericordia, elevando, terminando, sobrepasando eternamente lo que nuestro amor y nuestra labor merecen, extendiéndose y mostrando la alta abundancia, el regalo del señorío soberano de Dios en su maravillosa cortesía. Y esto por la abundancia del amor, pues la gracia transforma nuestra falta en consuelo abundante y eterno.

Pues vi en verdad que así como nuestra contradicción nos lleva aquí en la tierra a la pena, la vergüenza y la aflicción, así también de forma contraria la gracia nos lleva al consuelo celestial, sobrepasando tanto nuestra aflicción que cuando llegamos arriba y recibimos la recompensa que la gracia nos ha labrado, allí daremos gracias y bendeciremos a nuestro Señor, alegrándonos eternamente de haber sufrido alguna vez la aflicción; y esto será por la propiedad del bendito amor que conoceremos en Dios, que

no hubiéramos conocido nunca sin la aflicción anterior. Y cuando vi todo esto tuve que admitir que la misericordia de Dios y su perdón apagan y consumen nuestro enfado.

Dios es bueno (JULIANA DE NORWICH)

Vi en verdad que nuestro Señor nunca está ofendido y nunca lo estará, pues Él es Dios, Él es bueno, Él es la verdad, Él es el amor, Él es la paz y su poder, y su sabiduría, su caridad y su unidad no le permiten estar ofendido; pues vi en verdad que es contra la propiedad de su poder estar ofendido, y contra la propiedad de su sabiduría y contra la propiedad de su bondad. Dios es esta bondad que no es capaz de estar ofendido, pues Dios no es nada sino bondad. Nuestra alma está unida con Él, la bondad inmutable, y entre Dios y nuestra alma no hay ni enfado ni perdón a sus ojos, pues nuestra alma está tan completamente unida a Dios por su propia bondad, que entre Dios y nuestra alma no hay nada que pueda existir.

El deleite en Dios (JULIANA DE NORWICH)

La verdad ve a Dios, la sabiduría lo contempla, y de estas dos cosas viene la tercera, que es un maravilloso deleite en Dios, que es el amor. Donde están la verdad y la sabiduría, allí en verdad está el amor, pues Dios es la verdad eterna y serena, la sabiduría eterna y soberana, el amor no creado, eterno y soberano; y el alma es una criatura de Dios que tiene las mismas propiedades, pero creadas, por lo cual tiende a hacer aquello para lo que ha sido creada: ver a Dios, contemplarle y amarle. El esplendor y la claridad de la verdad y de la sabiduría la hacen ver y conocer que está creada para el amor, en el que Dios la guarda siempre.

Amor Dei (TOMÁS DE AQUINO)

En esta vida es mejor conocer que amar las cosas inferiores a nosotros, pero es mejor amar las cosas que son superiores. Respecto de Dios es mejor amarlo que conocerlo, porque el conocimiento hace que las cosas vengan a nosotros y se adapten a nuestra manera de ser; pero el amor, que es la caridad, nos hace salir de nosotros y nos lanza hacia el objeto amado.

El que ama se asemeja a la cosa amada; el que conoce adapta la cosa conocida a su propio modo de ser. De suerte que, cuando se trata de cosas inferiores, las elevamos cuando las conocemos, porque les damos nuestro propio modo de ser; pero cuando las amamos nos envilecemos. En cambio, cuando conocemos las cosas superiores, las empequeñecemos cuando se adaptan a nuestra inteligencia; pero, cuando las amamos, nos elevamos hacia ellas. Por eso, en esta vida, es mejor amar a Dios que conocerlo, —*melior est in via, amor Dei quam Dei cognitio*— y por ello es más lo que amamos a Dios por la caridad que lo que lo conocemos por la fe.

Por la caridad el hombre es puesto en la misma realidad divina haciéndose uno con Él.

El fuego del amor (SANTA CATALINA DE GÉNOVA)

Veo proceder de aquel amor divino hacia el alma ciertos rayos y llamas de fuego, tan penetrantes y tan fuertes, que parecieran ser capaces de aniquilar no sólo el cuerpo, sino también el alma, si esto fuera posible.

Dos operaciones realizan estos rayos en el alma: primero la purifican, y después la aniquilan.

Sucede en esto como con el oro que, cuanto más lo funden, de mejor calidad resulta; y tanto podría ser fundido, que llegara a verse aniquilado en toda su perfección. Éste es el efecto del fuego en las cosas materiales. El alma, en cambio, no puede ser aniquilada en Dios, pero sí en ella misma; y cuanto más sea purificada, tanto más viene a ser aniquilada en sí misma, mientras que permanece en Dios como alma purificada.

El oro, cuando es purificado hasta los veinticuatro quilates, ya después no se consume más, por mucho fuego que le apliquen, pues no puede consumarse sino la imperfección de ese oro. Así es como obra en el alma el fuego divino: Dios le aplica tanto fuego, que consume en ella toda imperfección y la conduce a la perfección de veinticuatro quilates, cada uno en su grado de perfección.

Y cuando el alma está purificada, permanece toda en Dios, sin nada propio en sí misma, ya que la purificación del alma consiste precisamente en la privación de nosotros en nosotros. Nuestro ser está ya en Dios. El cual, cuando ha conducido a Sí mismo el alma de este modo purificada, la deja ya impasible, pues no queda ya en ella nada por consumir.

Y si entonces fuese esta alma purificada mantenida al fuego, no le sería ya penoso, sino que sólo vendría a ser para ella fuego de divino amor, que le daría vida eterna, sin contrariedad alguna, como las almas bienaventuradas, pero ya en esta vida, si esto fuera posible estando en el cuerpo. Aunque no creo que nunca Dios tenga en la tierra almas que estén así, como no sea para realizar alguna gran obra divina.

Una barca en la tempestad (San JUAN BOSCO)

Los tres grandes amores de San Juan Bosco son Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y el Sumo Pontífice, quienes fueron protagonistas en uno de sus más famosos sueños proféticos:

Don Bosco vio que una gran barca (la Iglesia) navegaba en un mar tempestuoso pilotada por el Romano Pontífice, y a su alrededor muchísimas navecillas pequeñas (los cristianos) De pronto, apareció un sinnúmero de naves enemigas armadas de cañones (el ateísmo, la corrupción, la incredulidad, el secularismo, etc., etc.) y empezó una tremenda batalla.

A los cañones enemigos se unen las olas violentas y el viento tempestuoso. Las naves enemigas cercan y rodean completamente a la Nave Grande de la Iglesia y a todas las navecillas pequeñas de los cristianos. Y cuando ya el ataque es tan pavoroso que todo parece perdido, emergen desde el fondo del mar dos inmensas y poderosas

columnas (o pilares) Sobre la primera columna está la Sagrada Eucaristía, y sobre la otra la imagen de la Virgen Santísima.

La nave del Papa y las navecillas de los cristianos se acercan a los dos pilares y asegurándose de ellos ya no tienen peligro de hundirse. Luego, desde las dos columnas sale un viento fortísimo que aleja o hunde a las naves enemigas, y en cambio a las naves amigas les arregla todos sus daños.

Todo el ejército enemigo se retira derrotado, y los cristianos con el Santo Padre a la cabeza entonan un Himno de Acción de Gracias a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. El sueño es detallado e incluye a varios papas...

«La Iglesia deberá pasar tiempos críticos y sufrir graves daños, pero al fin el Cielo mismo intervendrá para salvarla. Después vendrá la paz y habrá en la Iglesia un nuevo y vigoroso florecimiento».

La ayuda de una madre (santa CATALINA DE SIENA)

Como Catalina dedicaba toda su vida enteramente al servicio del Crucificado y de su dulce Madre, ésta a menudo venía en su auxilio. En ocasiones en que Catalina tenía entre manos la conversión de un endurecido pecador, se dirigía con confianza a la Madre de Misericordia. A través de la Virgen Santísima logró la gracia de la resignación y de la paz para un joven condenado a la decapitación, y pudo estar con Él hasta el final.

«Esperé por Él en el lugar de la ejecución, esperé en oración continua y en la presencia de María y, antes que Él llegase, puse mi cabeza sobre el ladrillo y oré suplicándole al cielo, repitiendo: “¡María!”. Quería obtener la gracia de que ella, en el último momento, le diera luz y paz. Y María no me defraudó».

Un gran predicador (SAN ANTONIO DE PADUA)

A pesar de estar muy enfermo de hidropesía, San Antonio predicaba los 40 días de cuaresma. La gente presionaba para tocarlo y le arrancaban pedazos del hábito, hasta el punto que hacía falta designar un grupo de hombres para protegerlo después de los sermones.

Poseía una personalidad extraordinariamente atractiva, casi magnética. A veces, bastaba su presencia para que los pecadores cayesen de rodillas a sus pies; parecía que de su persona irradiaba la santidad. A donde quiera que iba, las gentes le seguían en tropel para escucharle, y con eso había para que los criminales empedernidos, los indiferentes y los herejes, pidiesen confesión. Las gentes cerraban sus tiendas, oficinas y talleres para asistir a sus sermones; muchas veces sucedió que algunas mujeres salieron antes del alba o permanecieron toda la noche en la iglesia, para conseguir un lugar cerca del púlpito. Con frecuencia, las iglesias eran insuficientes para contener a los enormes auditorios y, para que nadie dejara de oírle, a menudo predicaba en las plazas públicas y en los mercados.

Trinidad (San Agustín)

Es muy conocida aquella historia en la que san Agustín se paseaba por una playa, en el tiempo en que estaba reflexionando y escribiendo sobre la Trinidad para su obra *De Trinitate*.

En su caminar absorto se encontró con la simpática figura de un niño (otros dicen que era un ángel, o el mismo Jesús Niño), que había hecho con su paleta un hoyo en la arena y traía afanoso cubitos de aguas del mar para echarlos en el agujero.

—¿Que haces? —le dijo san Agustín para entrar en conversación con Él.

—Voy a meter todo el agua del mar en este hoyo.

— Eso no puede ser de ninguna manera, hijo mío.

Y el niño le respondió sorprendentemente:

— Pues tan difícil o más es meter en el entendimiento humano la comprensión de la Trinidad de Dios.

Un apóstol más (San Antonio M^a Claret)

En julio de 1841, cuando contaba 33 años, Antonio M^a Claret recibió de Roma el título de Misionero Apostólico. Por fin era alguien destinado al servicio de la Palabra, al estilo de los apóstoles. Esta clase de misioneros había desaparecido desde san Juan de Ávila. A partir de entonces su trabajo fue misionar. Claret, siempre a pie, con un mapa de hule, su hatillo y su breviario, caminaba por la nieve o en medio de las tormentas, hundido entre barrancos y lodazales. Se juntaba con arrieros y comerciantes y les hablaba del Reino de Dios. Y los convertía. Sus huellas quedaron grabadas en todos los caminos. Las catedrales de Solsona, Gerona, Tarragona, Lérida, Barcelona y las iglesias de otras ciudades se abarrotaban de gente cuando hablaba el Padre Claret.

Imitatio Dei

En la misa de la fiesta del apóstol San Matías, el cielo le mostró a San Francisco de Asís lo que esperaba de Él por medio del evangelio de ese día, que es el programa que Cristo dio a sus apóstoles cuando los envió a predicar. Dice así: «Vayan a proclamar que el Reino de los cielos está cerca. No lleven dinero ni sandalias, ni doble vestido para cambiarse. Gratis han recibido, den también gratuitamente». Francisco tomó esto al pie de la letra, y se propuso dedicarse al apostolado, pero en medio de la pobreza más estricta.

Cuando ya Francisco tenía 12 compañeros se fueron a Roma a pedirle al Papa que aprobara su comunidad. Viajaron a pie, cantando y rezando, llenos de felicidad, y viviendo de las limosnas que la gente les daba. En Roma no querían aprobar esta comunidad porque les parecía demasiado rígida en cuanto a pobreza, pero al fin un cardenal dijo: «No les podemos prohibir que en vivan como lo mandó Cristo en el

evangelio». Recibieron la aprobación, y se volvieron a Asís a vivir en pobreza, en oración, en santa alegría y gran fraternidad, junto a la iglesia de la Porciúncula.

Dicen que Inocencio III vio en sueños que la Iglesia de Roma estaba a punto de derrumbarse y que aparecían dos hombres para poner su hombro e impedir que se derrumbara. El uno era San Francisco, fundador de los franciscanos, y el otro, Santo Domingo, fundador de los dominicos. Desde entonces el Papa se propuso aprobar estas comunidades.

Negarse a uno mismo (Juana de Chantal)

Negarse a sí mismo es renunciar a todas nuestras inclinaciones, deseos, contenidos, satisfacciones, delicadezas, gustos, placeres, humores, hábitos, propensiones, aversiones y repugnancias a las cosas ásperas; en fin, renunciar en todo y por todo a ese perverso yo. Luchar por destruir nuestros caracteres, pasiones e inclinaciones; en una palabra, toda nuestra naturaleza; y esto, con enérgica voluntad y con una generosa y perseverante mortificación de todo nuestro ser. (Juana de Chantal)

Es necesario saber que solamente hay que mortificar las inclinaciones imperfectas o de cosas malas, y no las buenas o las que tenemos a cosas buenas; por ejemplo: me mandan hacer un trabajo y yo me siento inclinada a hacer otro; hay que mortificar esta inclinación y sujetarla a la obediencia. Pero me dan a hacer un trabajo que me gusta: no debo entonces, bajo el pretexto de mortificar mi inclinación, rehusar dicho trabajo, sino ofrecer a Dios esta labor y decir: la hago, no por la inclinación que a ella siento, sino porque la obediencia me lo manda (el caso de un laico, puede pensar que hace eso puro amor a Dios, o porque es su obligación).

La última carta (santo TOMÁS MORO)

(escrita en por Tomás Moro a su hija en la cárcel poco antes de su martirio)

Ten, pues, buen ánimo, hija mía, y no te preocupes por mí, sea lo que sea que me pase en este mundo. "Aunque estoy convencido, mi querida Margarita, de que la maldad de mi vida pasada es tal que merecería que Dios me abandonase del todo, ni por un momento dejaré de confiar en su inmensa bondad. Hasta ahora, su gracia santísima me ha dado fuerzas para postergarlo todo: las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes de prestar juramento en contra de mi conciencia.

Una reina de rodillas

Santa Margarita de Escocia (1046-1093) supo ejercer su realeza desde su compromiso cristiano, y demostró en su vida que las ocupaciones de la vida diaria no suponen dificultad para vivir plenamente las responsabilidades cristianas. Por la ejemplaridad de su vida, fue nombrada patrona de Escocia.

Era hija del rey San Eduardo. Su padre tuvo que salir huyendo de Inglaterra cuando el rey Canuto de Dinamarca invadió el país. Luego de caer Inglaterra en poder de Guillermo el Conquistador, Margarita y sus hermanos se refugiaron en Escocia, donde era rey Malcon III, el cual, prendado de su belleza y de sus cualidades de bondad y caridad, se casó con ella. Y así Margarita, a los 24 años, llegó a ser reina de Escocia.

Tuvo seis hijos y dos hijas. Su esposo Malcon III era cruel y rudo, pero la amabilidad de Margarita lo fue volviendo amable y caritativo. De los hijos de Margarita, dos llegaron a ser santos y tres fueron reyes, y del esposo de una hija de ella, Enrique I, proviene la actual familia real de Inglaterra.

Margarita destacó especialmente por la inmensa compasión que demostraba hacia los más miserables: visita y consuela enfermos, llegando a limpiar sus heridas y a besar sus llagas; ayuda habitualmente a familias pobres y numerosas; socorre a los indigentes con bienes propios y de palacio, llegando a vender sus joyas. Antes de ir a almorzar servía personalmente el almuerzo a nueve niños huérfanos (y a veces les servía de rodillas, al recordar que los favores que hacemos al pobre los recibe Jesucristo como hechos a Él mismo) En su palacio de reina se atendía diariamente a centenares de pobres, y cuando salía por las calles volvía a la casa sin dinero, sin joyas y hasta sin el manto, porque todo lo regalaba a los necesitados.

Imitando a la sagrada Familia

Paula Isabel Cerioli (1816-1865), nacida en el seno de una familia noble y rica, tuvo infancia enfermiza que la ayudó a poner su confianza en Dios desde muy pequeña, animada por su madre.

Cuando contaba con 19 años de edad contrajo matrimonio por obligación con un hombre de 58, poseedor de grandes riquezas, que estaba frecuentemente enfermo y que no compartía sus inquietudes religiosas. Sin embargo, Paula Isabel siempre fue generosa y paciente. De los cuatro hijos que tuvo el matrimonio tres murieron casi al nacer, y el cuarto, llamado Carlo, a los 16 años. Antes de morir, le dijo estas palabras proféticas: «Mamá, no llores por mi próxima muerte, porque Dios te dará otros muchos hijos».

Poco después fallecía su marido y ella quedó viuda. Contaba con 38 años y sufrió entonces una grave crisis existencial, de cual salió cuando comprendió que su maternidad podría realizarla espiritualmente sirviendo a los necesitados y los enfermos, especialmente los niños solos y abandonados. Esta luz dio sentido a los sufrimientos de su vida anterior.

Fue así como abrió su palacio a dos huérfanas. Con el tiempo, fue aumentando paulatinamente en número de los niños abandonados que recogía y atendía, y esto la llevó a fundar la congregación de las Religiosas de la Sagrada Familia en 1857, que tuvo también su rama masculina. Según sus palabras, «La humildad, la sencillez, el amor al trabajo, a imitación de la Sagrada Familia de Nazaret, formarán el espíritu propio de este instituto».

Falleció a los 49 años, y fue beatificada por Pío XII en 1950.

La conversión de una nuera

Dios permitió que a santa Francisca de Roma le llegaran las más desesperantes tentaciones. Y a todas resistió dedicándose a la oración, a las buenas lecturas, y a estar siempre muy ocupada. Su familia, que había sido sumamente rica, se vio despojada de sus bienes en una terrible guerra civil. Como su esposo era partidario y defensor del Sumo Pontífice, y en la guerra ganaron los enemigos del Papa, su familia fue despojada de sus fincas y palacios. Francisca tuvo que irse a vivir a una casona vieja, y dedicarse a pedir limosna de puerta en puerta para ayudar a los enfermos de su hospital. Y además de todo esto le llegaron muy dolorosas enfermedades que le hicieron padecer por años y años. Ella sabía muy bien que estaba cosechando premios para el cielo.

Su hijo se casó con una muchacha muy bonita pero terriblemente malgeniada y criticona. Esta mujer se dedicó a atormentarle la vida a Francisca y a burlarse de todo lo que la santa hacía y decía. Ella soportaba todo en silencio y con gran paciencia. Pero, de pronto, la nuera cayó gravemente enferma, y entonces Francisca se dedicó a asistirle con una caridad impresionantemente. La joven se curó de la enfermedad del cuerpo y quedó curada también de la antipatía que sentía hacia su suegra. En adelante, fue su gran amiga y admiradora.

La rebeldía de una santa

Gema Galgani (1878-1903). tiene 20 años, y en ese momento Jesús permite una enfermedad grave, para que retorne a Él con todo su corazón y nunca más se distraiga con las cosas del mundo.

«De repente comencé a andar jorobada y a sentir dolores de riñón. Resistí durante algún tiempo, pero como la cosa iba a peor pedí permiso a mi tía para regresar a Lucca».

Así sucedió. Por pudor quiso resistir un poco más sin avisar al médico, pero las tías lo mandaron llamar y de improviso se presentó y la examinó. Su diagnóstico fue osteítis en las vértebras lumbares con sucesivo absceso frío en los inguinales. Se quedó parálitica de ambas piernas. El 28 de Enero de 1899 le sobreviene un dolor insoportable en la cabeza, fruto de una otitis media purulenta aguda con participación del mastoide. Los médicos, viendo que los remedios no producían mejoría y que la enfermedad avanzaba, la desahucieron; sólo por cumplimiento acuden de cuando en cuando a verla.

El 8 de Diciembre, Fiesta de la Inmaculada, Santa Gema reacciona con disgusto: «Le dije a Jesús que no rezaría más si no me curaba. Y le pregunté qué pretendía teniéndome así. El ángel de la guarda me respondió: “Si Jesús te aflige en el cuerpo, es para purificarte cada vez más en el espíritu”».

La verdadera felicidad (SANTA TERESA DE LOS ANDES)

Los corazones de los hombres aman un día y al otro son indiferentes. Sólo Dios no cambia.

He visto que la felicidad en el mundo no existe. Siempre su trato me deja un vacío que sólo puede llenar Dios nuestro Señor.

¡Oh, soy feliz! Pues puedo decir con verdad que el único amor de mi corazón ha sido Él.

Jesucristo, ese loco de amor, me ha vuelto loca. Es martirio lo que padezco al ver que corazones agradecidos a las criaturas no lo sean con Aquel que los sustenta, que les da la vida y los sostiene; que les da y ha dado todo, hasta darse Él mismo.

Ama y haz lo que quieras (SAN AGUSTÍN)

Poneos la mano en el pecho cuando oráis a Dios, y examinad cómo le dirigís esta demanda: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*

Las plumas que las almas necesitan para volar son las virtudes, las buenas obras. En dos alas tienen todas las plumas, porque en dos preceptos se encierran todos: el que ama a Dios y al prójimo, tiene el alma alada, y vuelve a Dios con alas libres, con amor que vuela al Señor.

Si tú, siendo hombre, niegas la humanidad al hombre, Dios te negará su divinidad, es decir, la la inmortalidad por la que nos hizo dioses.

Ama, y haz lo que quieras.

Los títulos de Dios (SAN BERNARDO)

La causa de amar a Dios es Dios mismo; el modo, amarle sin medida.

¿Qué títulos tiene para merecer nuestro amor? Su legitimidad viene del hecho de que sin mérito nuestro se nos dio a Sí mismo; y ¿qué podía darnos aun siendo Dios, que valiera y fuera más que Él mismo? Luego, si preguntamos qué derechos tiene Dios a nuestro amor, lo que en primer lugar se nos ofrece es que Él nos amó primero.

¿Qué ofreceré al Señor en pago de todos sus favores? La razón de la justicia natural me urge a entregarme sin reserva a Aquel de quien he recibido cuanto soy y cuanto puedo alcanzar, obligándome a quererle y amarle con todo mi ser. La fe me dice que mi amor ha de ser tanto más entrañable cuanto más entiendo lo amable que es el Señor, pues no sólo le debo cuanto soy, sino el don de Sí mismo, ya que a Sí mismo se me ha dado.

La grandeza del hombre (SANTA TERESA DE LOS ANDES)

Dios en cada momento me sostiene. Todo cuanto veo me habla de su poderío infinito y de su amor. Uniéndome a su Ser divino me santifico, me perfecciono, me divinizo.

El alma unida a Dios se diviniza de tal manera que llega a pensar, a desear y obrar conforme a Jesucristo.

¿Hay algo más grande que Dios? ¿Hay algo más grande que un alma divinizada? ¿No es ésta la mayor grandeza a que puede aspirar el hombre?

Dios es amor y alegría y Él nos la comunica. Sólo Dios basta. Fuera de Él no hay felicidad posible.

Amemos al Amor eterno, al Amor infinito, inmutable. Amemos locamente a Dios, ya que Él en su eternidad nos amó. Sin necesidad de nosotros nos creó. Toda la obra de su poder fue dirigida para el hombre. Todo lo puso a disposición de nosotros. Y para no separarse de nosotros en la eternidad, nos dio su Unigénito Hijo.

Dios se hizo criatura. Padeció y murió por nosotros. Dios se hizo alimento de sus criaturas. ¿Has profundizado alguna vez esta locura infinita de amor? Créeme que siento mi alma deshecha de gratitud y amor. Mi vida la paso contemplando esa Bondad incomprensible, y me duele el alma al ver que el Amor no es conocido. Me abismo en su grandeza, en su sabiduría. Pero cuando pienso en su Bondad, mi corazón no puede decir nada. Le adoro...

Oración de entrega (CHARLES DE FOUCAULD)

Padre, me pongo en tus manos.

Haz de mí lo que quieras,

sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo,

lo acepto todo con tal que tu voluntad
se cumpla en mí y en todas tus criaturas.

No deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma, te la doy

con todo el amor de que soy capaz
porque te amo y necesito darme,
ponerme en tus manos,
sin medida, con infinita confianza
porque tú eres mi Padre.

Tesoros de amor (MADRE MARAVILLAS)

Veo al Señor cargado de los tesoros de su amor y necesitando almas vacías donde poder depositarlos.

Si has nacido para morir de amor, ¿qué te importa todo lo demás?

Amar y sacrificarse no es muy difícil, ¿verdad?.

¡Cómo tenemos que ser con Él y qué delicadezas de amor tenemos que tener: que amor con amor se paga!

Haz todo con mucho amor a Cristo, y ahí está todo.

El Señor bien sabe que sólo quiero quererle y que puede hacer de mí lo que quiera.

Nada nos puede quitar el vivir con Él, amándole y procurando agradarle y consolarle.

Si le somos fieles, cada día aumenta la capacidad de amarle. ¡Qué felicidad!

Este tiempo de la vida tan corto hemos de aprovecharlo con alegría, ofreciéndole con gozo todo cuanto suceda, que todo es para que crezcamos en el amor.

Sí, amadle mucho, sobre todo con obras, sin mirar para nada nuestro consuelo.

¿Por qué no le conocerán y le amarán todas sus criaturas? Porque no le conocen, que si le conociesen, no podrían no amarle.

En soledad (MADRE MARAVILLAS)

El Señor es el único que puede tocar los corazones, y la oración nunca deja de ser escuchada.

Ésta es la hora de la oración y del sufrimiento, y éstas son las armas que han de dar la victoria en la Iglesia.

¡En la soledad habla Él más al corazón!

El alma ansía soledad, silencio completo de criaturas, para atender sólo a *eso* tan oculto que parece que el Señor le da.

Con el recogimiento interior y exterior, oración y limpieza de alma, vivamos una vida interior en una conversación íntima con nuestro Dios, por una continua oración.

El corazón de la Iglesia (SANTA EDITH STEIN)

En la vida oculta y silenciosa se realiza la obra de la redención. En el diálogo silencioso del corazón con Dios se preparan las piedras vivas con las que va creciendo el Reino de Dios y se forjan los instrumentos selectos que promueven su construcción. La corriente mística que discurre a través de todos los siglos, no es ningún brazo perdido que se haya separado de la oración de la Iglesia, sino que es su vida más íntima... La ilimitada entrega de amor a Dios y la donación de Dios a nosotros, la unión completa y duradera, es la suprema elevación del corazón que nos es posible alcanzar, el supremo grado de oración. Los hombres que lo han alcanzado son verdaderamente el corazón de la Iglesia. Escondidos con Cristo en Dios, no pueden sino irradiar en otros corazones el amor divino de que están llenos, y así colaborar en llevar a la perfección la unión de todos en Dios, que fue y es el gran deseo de Jesús.

En la presencia de Dios (SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE)

Una persona que sale del mundo, o que, estando aún en él, quiere hacer oración, y que no se ha aplicado hasta ese momento a otra cosa que a contentar su espíritu y sus sentidos, no sabe el arte de conocer a Dios, ni acierta a pensar interiormente en Él ni en su divina presencia.

Por lo cual parece que la mejor manera de pensar en Él, es convencerse de la realidad de esa presencia por medio de razones variadas, sacadas de motivos de fe, que puedan ayudarla a penetrarse de la presencia de Dios, pero que no alejan del todo, sin

embargo, su entendimiento de las cosas sensibles; pues, ¿quién puede pasar de repente de la ocupación de las cosas sensibles a cosas puramente espirituales? Esto parece muy difícil a muchos, y a otros del todo imposible.

Por lo cual esa clase de personas debe de ordinario, cuando comienzan a darse a la oración, servirse de razonamientos y de numerosas reflexiones, que sean en su mayor parte tiernas y afectivas, para familiarizarse con el ejercicio de la presencia de Dios.

Sin embargo, al que desde largo tiempo se ha dado al ejercicio de la oración, y tiene facilidad para andar en la presencia de Dios de un modo interior, le basta de ordinario conservar su espíritu simplemente recogido, y tener una simple atención a la presencia de Dios, para quedar quieto y detenido en este pensamiento, por lo menos mientras está haciendo oración, sin que se distraiga en ese tiempo.

Y esta simple atención proporciona al alma un consuelo interior que la hace complacerse y hallar gusto en este pensamiento, sin que tenga necesidad, para fijar la atención en él, de añadir ningún otro concepto ni reflexión.

Porque esa simple atención, sin ninguna mira particular ni reflexión sobre sí mismo, ocupa de tal manera el espíritu y penetra tan enteramente el corazón, que no sólo no necesita el entendimiento otro pensamiento, ni el corazón se mueve a otro afecto que al de Dios, sino que ni siquiera pueden ni el uno ni el otro admitir otros.

Por medio de esta simple atención, el alma se vacía totalmente del mundo, y va adquiriendo insensiblemente un conocimiento más claro y una penetración más íntima del ser de Dios y de sus divinas perfecciones;

Cuando un alma se ha purificado bastante y se ha despojado de las menores imperfecciones para entrar al pronto en esa disposición de simple atención a la presencia de Dios, acorta mucho su camino (en la práctica del bien, en el ejercicio de la oración y en la facilidad para ocupar su espíritu en la presencia de Dios) y allana muchas dificultades.

Excelencias de la oración (FRAY LUIS DE GRANADA)

Oración es (como dicen los santos) un levantamiento de nuestro corazón a Dios, mediante el cual nos hacemos una cosa con Él. Oración es subir el alma sobre sí y sobre todo lo creado, y juntarse con Dios, y encontrarse en aquel océano de infinita suavidad y amor. Oración es salir el alma a recibir a Dios cuando viene por nueva gracia, saber que en Él tenemos nuestro reino, y aposentarlo en nosotros como en su templo. Oración es estar el alma en presencia de Dios, y Dios en presencia de ella. Oración es una cátedra espiritual donde el alma se sienta a los pies de Dios, oye su doctrina y recibe las influencias de su gracia.

La oración es un reparo saludable de los defectos de cada día, y un espejo limpio en que se ve a Dios, y se ve el hombre, y se ven todas las cosas. Es un ejercicio cotidiano de todas las virtudes, fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de nuestro provecho, puerto de los que pelean, y corona de los que triunfan.

Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de francos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos, y común socorro de toda la iglesia. Ella es una puerta real para entrar al corazón de Dios, una primicia de la

gloria verdadera humana que contiene en sí toda suavidad; es una escalera como aquella que vio Jacob, que llegaba de la tierra al cielo, por donde los ángeles siempre suben y descienden, llevando nuestras peticiones a Dios, trayéndonos el despacho de nuestros negocios.

Con ser ella una virtud, la oración es común despertador y ejercicio de todas las otras virtudes: en el ejercicio de la oración se limpia el alma de los pecados, se apacienta la caridad, se certifica la fe, se fortalece la esperanza, se alegra el espíritu, se derriten las entrañas, se pacifica el corazón, se descubre la verdad, se vence la tentación, huye la tristeza, se renuevan los sentidos, se repara la virtud enflaquecida, se derrite la tibieza, se consume el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios: en ella se abren los cielos, se descubren los secretos, y se tienen siempre atentos los oídos de Dios.

La mejor medicina (SAN AGUSTÍN)

Hermanos míos, debemos exhortaros a la oración, y a nosotros junto con vosotros. Ante los muchos males de estos tiempos, nuestra única esperanza reside en llamar por la oración, en creer y tener fijo en el corazón que tu Padre te rehúsa sólo lo que no te conviene. ¿Pediste y no recibiste? Fíate del Padre; si te conviniera, te lo habría dado. Juzga por tí mismo. Tú conoces tus deseos; pero lo que verdaderamente te conviene, sólo Él lo sabe.

Siempre ora el deseo, aunque la lengua calle. Siempre oras si deseas siempre. ¿Cuándo languidece la oración? Cuando se enfría el deseo.

Los dos caminos (SANTA BRÍGIDA DE SUECIA)

Te maravillas de que el amigo de Dios, digno de toda honra, es atribulado; y el enemigo de Dios, digno de toda afrenta, es honrado; y no tienes de qué asombrarte. ¿Qué es la tribulación del mundo sino cierta elevación y ensalzamiento para recibir la corona? ¿Y qué es la prosperidad del mundo para el hombre que abusa de la gracia, sino el descenso hacia su perdición? Por consiguiente, ser atribulado en este mundo es ser ensalzado para la vida eterna, y prosperar en el mundo es para el hombre injusto la bajada al infierno.

La “Noche espiritual” (SAN JUAN DE LA CRUZ)

Por tres cosas podemos decir que se llama *noche* este tránsito que hace el alma a la unión con Dios: la primera, por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito del gusto de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre.

La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento como noche. La tercera, por parte del término adonde va, que es Dios, el cual ni más ni menos es noche oscura

para el alma en esta vida. Las cuales tres noches han de pasar por el alma, o por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios.

Estas tres partes de noche todas son una noche, pero tiene tres partes como la noche, porque la primera, que es la del sentido, se compara a prima noche, que es cuando se acaba de carecer del objeto de las cosas; y la segunda, que es la fe, se compara a la medianoche, que totalmente es oscura; y la tercera, al despidiente, que es Dios, la cual es ya inmediata a la luz del día.

Si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella; en este negocio es Dios el principal agente y el mozo de ciego que la ha de guiar por la mano adonde ella no sabría ir, que es a las cosas sobrenaturales que no puede entendimiento ni voluntad ni memoria saber cómo son. Todo su principal cuidado ha de ser mirar que no pongan obstáculo al que la guía.

Terapia contra el dolor (SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE)

En nombre de Dios, no nos entretengamos tanto en pensar en nuestras penas, ni mientras las sentimos, ni cuando ya han pasado. Pensemos en ellas lo menos que podamos, pues nunca tienen menos poder para perjudicarnos que cuando las despreciamos, haciendo como si no las viéramos ni escucháramos. En los momentos en que nos impresionan más, dirijámonos a Nuestro Señor con palabras, o aunque sea mirándole, con una humilde confianza, para demostrarle que lo esperamos todo de su bondad.

Sólo Dios basta (SANTA TERESA DE LOS ANDES)

Cada día que pasa comprendo mejor que sólo Dios basta. Esa es la máxima que tengo sobre mi cruz. Que también sea la tuya. Búscalo a Él y lo encontrarás todo. Las criaturas ¿qué nos pueden dar, si no tienen más que miseria? Despréndete de ellas: busca a Dios allí, en el fondo de tu alma y, cuando estés triste, expónselo todo y quedarás alegre; porque Él te dará a conocer que, siendo Dios, sufrió más por ti que todo lo que los hombres han sufrido. Y no sólo esto, sino que ha sufrido infinitamente.

El Salvador es mi fuerza (TERESA NEUMANN)

Hoy siento un gran peso del corazón, y no dejan de correr las lágrimas. Yo las dejo correr, porque cuando uno ha llorado, las cosas son más fáciles. Soporto todo con ayuda de Dios, pero es muy duro. Me basta con recibir la fuerza necesaria del buen Salvador para perseverar.

Es terrible vivir entre dolores y no poder dormir; entonces se cavila de continuo. Tampoco se puede rezar siempre... El único consuelo es que todo termina, y que la eternidad es lo bastante larga como para ver claramente la verdad. Yo repito de continuo: «¡Salvador, gustosa para lo que tú quieras!»

Por el momento estoy como sumergida en el sufrimiento. Los viernes son como el año pasado: cabeza, espalda, corazón, manos, y rodillas sangran cuando se reflexiona en todo ello, y no se comprende por qué el Salvador permite unas pruebas tan duras. Basta que Él dé la fuerza necesaria. Y así quiero soportarlo todo.

Por el momento estoy como sumergida en el sufrimiento. Pero se vislumbra ya la fuerza del buen salvador. Basta que no me lo quiten a El. Todo lo demás lo soporto, mientras él lo permita. Los viernes son como el año pasado. Cabeza, espalda, corazón, manos, pies y rodillas sangran. Además, tengo bastante que hacer con insuficiencias cardíacas, reumatismo y riñones. Estoy mucho tiempo sentada en la cama, pero es soportable. Tal vez cuando llegué la Pascua, se solucione también el grave problema y podamos respirar. A veces, cuando resulta todo muy duro, pienso que si no doliese no sería un sacrificio.

Los tesoros de la caridad (SAN AGUSTÍN)

Hermanos, perseguid la caridad, dulce y saludable vínculo de los corazones; sin ella, el más rico es pobre, y con ella el pobre es rico. La caridad es la que nos da paciencia en las aflicciones, moderación en la prosperidad, valor en las adversidades, alegría en las obras buenas; ella nos ofrece un asilo seguro en las tentaciones, da generosamente hospitalidad a los desvalidos, alegra el corazón cuando encuentra verdaderos hermanos y presta paciencia para sufrir a los traidores.

¡Cuántos tesoros encierra la caridad! Es el alma de la Escritura, la virtud de las profecías, la salvación de los misterios, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los moribundos.

La caridad es la única que no se entristece por la felicidad ajena, porque no es envidiosa. Es la única que no se enorgullece en la prosperidad, porque no es vanidosa. Es la única que no sufre el remordimiento de la mala conciencia, porque no obra irreflexivamente. La caridad permanece tranquila en los insultos; en medio del odio hace el bien; en la cólera tiene calma; en las tentaciones es inocente y sencilla, gime en las injusticias y se expansiona con la verdad.

Imagina, si puedes, una cosa con más fortaleza que la caridad, no para vengar injurias, sino más bien para restañarlas. Imagina una cosa más fiel, no por vanidad, sino por motivos sobrenaturales que miran a la vida eterna. Porque todo lo que sufre en la vida presente es porque cree con firmeza en lo que está revelado de la vida futura: si tolera los males, es porque espera los bienes que Dios promete en el cielo; por eso la caridad no se acaba nunca.

Busca, pues, la caridad, y meditando en ella procura producir frutos de santidad. Y todo cuanto encuentres de más excelente en ella que se manifieste en tus costumbres.

La virtud es amor (SAN AGUSTÍN)

Como la virtud es el camino que conduce a la verdadera felicidad, su definición no es otra que un perfecto amor a Dios. Su cuádruple división no expresa más que varios afectos de un mismo amor, y por eso no dudo en definir estas cuatro virtudes—que ojalá estén tan arraigadas en los corazones como sus nombres en las bocas de todos—como

distintas funciones del amor. La templanza es el amor que totalmente se entrega al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo tanto, señorío conforme a la razón; finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos.

Este amor, hemos dicho, no es amor de un objeto cualquiera, sino amor de Dios; es decir, del Sumo Bien, Suma Sabiduría y Suma Paz. Por esta razón, precisando algo más las definiciones, se puede decir que la templanza es el amor que se conserva íntegro e incorruptible para Dios; la fortaleza es el amor que todo lo sufre sin pena, con la vista fija en Dios; la justicia es el amor que no sirve más que a Dios, y por esto ejerce señorío, conforme a la razón, sobre todo lo inferior al hombre; la prudencia, en fin, es el amor que sabe discernir lo que es útil para ir a Dios de lo que puede alejarle de Él.

Tenemos patria (SAN AGUSTÍN)

Ciudad santa, ciudad fiel, ciudad que peregrina en la tierra, fundada en el cielo: no corrompas tu esperanza ni pierdas la caridad; cíñete los lomos, enciende y prepara tus lámparas, espera al Señor cuando venga de las bodas. ¿Por qué te espantas de ver que se arruinan los reinos de la tierra? A ti se te prometió el reino celeste para que no perecieras con los terrenos.

¿Porque os tenéis por perdidos? ¿Porqué os afligís y lleváis ese luto de tristeza en vuestro corazón? Sabed que tenéis padre, tenéis patria, tenéis patrimonio... nuestra vida ahora es esperanza, después será eternidad.

Deseemos la patria de arriba, suspiremos por la patria de arriba, y aquí sintámonos peregrinos.

La virtud de la pobreza (SAN FRANCISCO DE ASÍS)

Sabed, hermanos, que la pobreza es el camino especial de salvación, pues fomenta la humildad y es raíz de la perfección, y sus frutos —aunque ocultos— son múltiples y variados. Esta virtud es el tesoro escondido del campo evangélico, por cuya adquisición merece la pena vender todas las cosas, y las que no pueden venderse han de estimarse por nada en comparación con tal tesoro. El que quiere llegar a la cumbre de esta virtud debe renunciar no sólo a la prudencia del mundo, sino también —en cierto sentido— a la pericia de las letras, a fin de entregarse desnudo en los brazos del Crucificado, pues nadie abandona perfectamente el siglo mientras en el fondo de su corazón se reserva para sí la bolsa de los propios afectos.

Elogio de las virtudes (SANTO TOMÁS DE AQUINO)

La prudencia menosprecia todas las cosas del mundo por la contemplación de las divinas, y endereza todos los pensamientos del alma a Dios. La templanza da de mano,

en cuanto lo sufre la naturaleza, a todo lo que el cuerpo pide. La fortaleza hace que el alma no tiemble ante la muerte y la oscuridad de las cosas superiores. La justicia, en fin, nos invita a entrar con toda generosidad en esta vida divina.

Un amigo leal (TERESA NEUMANN)

Aunque uno sea miserable, si confía en el buen Salvador no tiene nada que temer, aunque se encrespen el infierno entero y el mundo malvado.

Cuando se tiene al lado a un amigo tan leal y fiable como el buen Salvador, nada puede faltar. Yo dejo todo por En entero al buen Salvador, al que todo está sometido y que todo lo conduce y guía para lo que es mejor, y al que hemos de querer por encima de todo y confiar en Él. Al final tendremos que decir: «el Señor lo ha hecho todo bien.»

Una mirada a Jesús (SAN PEDRO JULIÁN DE EYMARD)

La caridad verdadera se alimenta, así en el espíritu como en cuanto al corazón, con el bien que procura hacer, no queriendo el mal ni emplear medio alguno para vengarlo; tiene siempre presente el estado sobrenatural, presente o futuro, del hombre; no se aparta de Dios a fin de no ver en el hombre a un enemigo: la caridad es dulce y paciente. Todo lo que hay en nuestros corazones está también en nuestro espíritu y en nuestra imaginación, que son los agentes que promueven en nosotros terribles tempestades y nos ponen la espada en la mano para destrozarlo todo. Hay que aplicar la segur a la raíz de estos ataques: una mirada dirigida, desde el primer momento, a Jesús sacramentado bastará para recobrar la calma.

Letanías (SAN GERMÁN)

Bienaventurada Virgen María: ¿quién no se llenará la admiración ante ti? Tú eres firme protección, refugio seguro, intercesión vigilante, salvación perenne, auxilio eficaz, socorro inmutable, sólida muralla, tesoro de delicias, paraíso incomprensible, fortaleza inexpugnable, trinchera protegida, fuerte torre de defensa, puerto de refugio en la tempestad, descanso para los que están agitados, garantía de perdón para los pecadores, confianza de los desesperados, acogida de los exiliados, retorno de los desterrados, reconciliación de los enemistados, ayuda para los que han sido condenados, bendición de quienes han sufrido una maldición, rocío para la aridez del alma.

Oración para alcanzar la humildad (SANTA TERESA DE LISIEUX)

Jesús, cuando eras peregrino en nuestra tierra, Tú nos dijiste: *«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y vuestra alma encontrará descanso»*. Mi alma encuentra en Ti su descanso al ver cómo te rebajas hasta lavar los pies a tus apóstoles. Entonces me acuerdo de aquellas palabras que pronunciaste para enseñarme a practicar la humildad: *«Os he dada ejemplo para que lo que he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. El discípulo no es más que su maestro... Puesto que sabéis esto,*

dichosos vosotros si lo ponéis en práctica». Yo comprendo, Señor, estas palabras salidas de tu corazón manso y humilde, y quiero practicarlas con la ayuda de tu gracia.

Te ruego, divino Jesús, que me envíes una humillación cada vez que yo intente colocarme por encima de las demás. Yo sé bien Dios mío, que al alma orgullosa tú la humillas y que a la que se humilla le concedes una eternidad gloriosa; por eso, quiero ponerme en el último lugar y compartir tus humillaciones, para tener parte contigo en el reino de los cielos.

Pero Tú, Señor, conoces mi debilidad. Cada mañana hago el propósito de practicar la humildad, y por la noche reconozco que he vuelto a cometer muchas faltas de orgullo. Al ver esto, me tiente el desaliento, pero sé que el desaliento es también una forma de orgullo. Por eso, quiero, Dios mío, fundar mi esperanza sólo en Ti. Para alcanzar esta gracia de tu infinita misericordia, te repetiré muchas veces: «¡Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo!»

Aceptando las humillaciones (MADRE TERESA DE CALCUTA)

Se dice que la humildad es la verdad. La senda que nos hará más semejantes a Jesús es la de la humildad.

El verdadero humilde es el que evita enjuiciar a los demás, cultiva de continuo pensamientos afables a su respecto, e congratula del bien que hacen, sabe disculpar sus yerros, se encuentra a gusto y alegre entre los pobres, con los enfermos y los moribundos.

No se aprende a ser humildes leyendo una gran cantidad de libros ni oyendo grandes sermones sobre la humildad. Se aprende aceptando las humillaciones.

La conversión (SANTA ÁNGELA DE FOLIGNO)

Tuve que atravesar muchas etapas en el camino de la penitencia o conversión. La primera fue convencerme de lo grave y dañoso que es el pecado. La segunda, el sentir arrepentimiento y vergüenza de haber ofendido al buen Dios. La tercera, hacer confesión de todos mis pecados. La cuarta, convencerme de la gran misericordia que Dios tiene para con el pecador que quiere ser perdonado. La quinta, el ir adquiriendo un gran amor y estimación por todo lo que Cristo sufrió por nosotros. La sexta, adquirir amor por Jesús Eucaristía. La séptima, aprender a orar, especialmente recitar con amor y atención el Padrenuestro. La octava, tratar de vivir en continua y afectuosa comunicación con Dios.

Una celda muy especial (TERESA NEUMANN)

El Señor no permitió que yo fuera al convento, pero quiero también estar contenta en mi cama, porque ésa es sin duda la voluntad de Dios. Si hubiese querido tenerme en el convento, no habría permitido seguramente que enfermase. Lo que el Señor hace es siempre lo mejor. Cierto que a veces yo no quería entenderlo, pero ahora me alegro de

mi vocación. Pienso que aunque no pueda trabajar, el Señor Dios aceptará mi vida como una actividad. Tengo muchísimas intenciones por las que orar, y quiero consagrarme en favor de todo el mundo.

Aunque mi naturaleza a veces se rebela, en la parte superior del alma hay ahora bastante paz. Yo no tengo más que un deseo: el de deparar únicamente alegría al buen Salvador, no ofenderle nunca.

Yo también soy una esposa de Cristo, una crucificada. Aunque no pueda ir al convento, mi cama es también una celda conventual en la que puedo ofrecer sacrificios, y el buen Dios estará también satisfecho de mí. Cierto que a veces tengo que padecer mucho, pero eso no importa, porque el buen Salvador da siempre fuerza y constancia para soportarlo hasta que alcance mi meta, donde ya no hay sufrimientos, en el cielo.

La salud del alma (SAN JUAN DE LA CRUZ)

Pero el amor sólo con amor se cura. El amor de Dios es la salud del alma. Y cuando no tiene cumplido amor, no tiene salud cumplida y por eso está enferma. La enfermedad es falta de salud. Cuando el alma no tiene ningún grado de amor, está muerta. Pero cuando tiene algún grado de amor de Dios, por pequeño que sea, ya está viva, aunque muy débil y enferma, porque tiene poco amor. Cuanto más amor tiene, más salud también. Cuando tiene amor perfecto tiene total salud.